

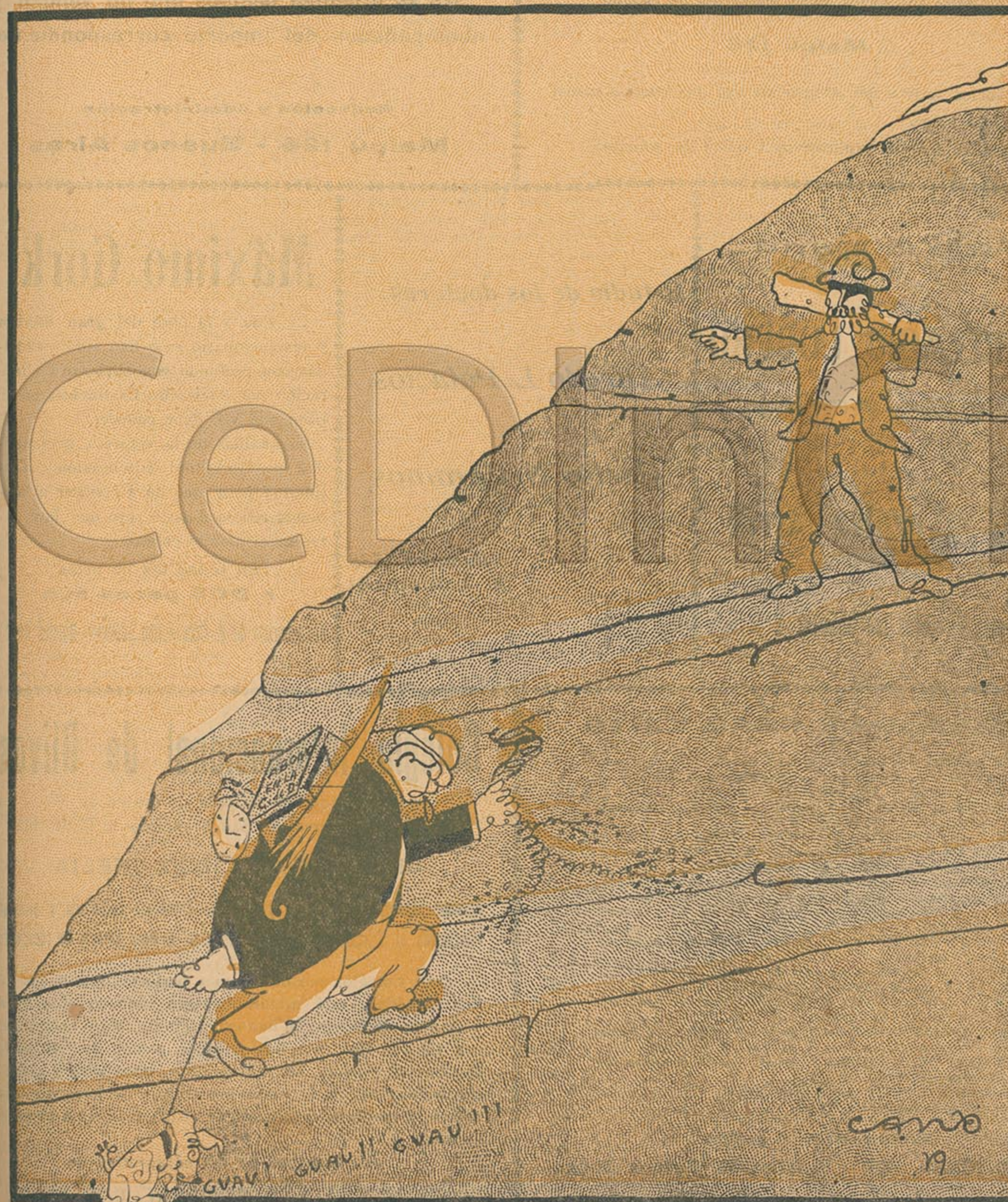
Clarín

Precio del ejemplar
\$ 0.10

Buenos Aires, Diciembre 2 de 1919

Año I — N.º 6

Peligro de las alturas



El bolsheviki:— Conserve su izquierda, compañero diputado, se ha puesto Vd. demasiado grueso para estas andanzas.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEU UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclo intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quien los soliciten.

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías \$ 2 m/n

Estudio de los doctores

Alfredo L. Palacios

Carlos N. Caminos

Viamonte 1538
U. T. Juncal 4901

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías
a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

LIBROS DE GRAN EXITO

- EL PROBLEMA SOCIAL. Del egoísmo a la solidaridad. Apuntes ideas y reflexiones de un utopista sobre el actual y el futuro Régimen Social, por C. JUGARPO..... \$ 1.-
- LA ESCUELA DRAMÁTICA, Monólogos, diálogos, poesías y conversaciones por SARA A. MERLO..... 2.-
- LLAMAS EN LA NOCHE, nuevas poesías, de BELISARIO ROLDAN..... 2.-
- LA CASA DE TROYA, estudiantina de A. PEREZ LUGIN..... 2.50
- ELEVACION, nuevos poemas de AMADO NERVO..... 2.-
- EVITEMOS LA GUERRA SOCIAL, seguido de «El antimáximalismo», «Sobre la libertad de pensar», «Por tierras de Córdoba», y otros escritos periodísticos, por C. VILLALOBOS DOMINGUEZ..... 3.-
- EL BOLCHEVIQUISMO ante la guerra y la paz del mundo, por LEON TROTSKI..... 2.10
- PLENITUD, el mejor libro de prosa de AMADO NERVO..... 2.-
- LA MUERTE, por MAURICIO MAETERLINCK..... 1.50
- NOSOTROS LOS JOVENES, El Problema sexual del joven soltero, por HANS WEGENER..... 1.50
- EL NACIONALISMO CATALAN, Su aspecto político, los hechos las ideas, los hombres, por A. ROVIRA Y VIRGILL..... 2.10
- LA SUEGRA DE TARQUINO, la primer novela picaresca de JOAQUIN BELDA..... 1.50
- LA MUJER MODERNA, por AMADO NERVO..... 2.-
- ANTOLOGIA de la Revista HEBE..... 2.-

Diríjanse todos los pedidos a la

EDITORIAL TOR - Victoria 788, Buenos Aires

Nuestra revista "LECTURAS" que aparece mensualmente, conteniendo un resumen de los mejores libros que se publican en España y América, se envía gratuitamente a quien la solicite.—Pídala hoy mismo.

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEU UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEU UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria
Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y. R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

Del apostolado al mostrador

por

J. C. Del Giudice

Las declaraciones que acaba de hacer públicas el congreso socialista reunido últimamente en San Nicolás, es la explicación de esa política turbia e indefinida que caracterizó al partido desde que la posesión de algunas bancas en el Congreso, adquirió certidumbres de conquista definitiva.

Explican ellas, con clara evidencia, la actitud incierta y vaga ante los problemas obreros de estos últimos tiempos; esa inclinación tendenciosa, con gestos de política burguesa en la contienda europea; la verbosidad electoral, en la acción parlamentaria; la orientación anodina de «La Vanguardia»; y todo ello, ahora descaradamente expuesto, no sólo por los miembros del comité ejecutivo, sino en las decisiones aprobadas como normas, que sustentará el partido en el próximo congreso de Ginebra.

Así, lo que pudo interpretarse hasta ayer como turbación momentánea, en un momento en que el alma humana, cohibida por prejuicios que han adquirido hondas raíces sentimentales, se devanaba por hallar, con torpes recursos, solución a la horrible tragedia, hoy no cabe explicarlo más que como fría especulación de un momento anormal, propicio para desprenderse del viejo apostolado ya molesto y descender al mercado a iniciar el tráfico al menudeo.

Los que han seguido la línea ascendente del electorado socialista, habrán sabido siempre clasificar por aparte el valor absoluto de sus triunfos. El electorado socialista, no lo constituye, sino en reducida parte los afiliados al partido, y de ello tienen clara conciencia los dirigentes del mismo, que han llegado a proclamar en cierta oportunidad que, más que un partido socialista, ellos representaban a medio centenar de miles de votos. Nada más erróneo ni absurdo. Cuando se asume una representación, basada, no en el valor intrínseco de los hombres, sino en el de las ideas que sustentan, lo que triunfa es la tesis y sólo en virtud de ella se admiten las voluntades de esos miles de conciencias. Lo opuesto es política criolla: de estancia o de comité.

No sería necesario demostrar, que lo contrario ha ocurrido siempre en nues-

tro país, aún en los votantes de partidos izquierdos. Nadie ignora que gran parte de los votos entregados últimamente a los socialistas, expresaban ya aspiraciones liberales,—pues era el único organismo constituido que podía accionar contra las tendencias reaccionadas,—ya simple anti-clericalismo o anti-radicalismo. Pero admitir esto como sintomático y normal, es desvirtuar todo principio democrático y, desde luego, basar en ello la evolución de un partido reformista, equivale a pretender combatir el vicio ajeno, corrompiendo para ello la moral propia. Y es lo que le ha acontecido al partido socialista; ha claudicado a su orientación natural, cediendo a la masa ajena, que con su adhesión le ha acrecentado posesiones, pero le ha transformado en esencia: de orientador en orientado.

Muchos socialistas de corazón y muchos hombres de conciencia libre, habrán sufrido con esto una nueva desilusión. Dentro del mismo congreso se manifestó una sana corriente opositora, violentamente combatida por los oportunistas, pero este núcleo, cedió, sin mayores resoluciones, quizá por debilidad o por pusilanimidad. Manifestaciones que el doctor De Tomaso había insinuado, fueron declaradas sin ambages por los doctores Dickmann y Repetto; así se volvió a ver claro lo que la guerra nos mostró hasta la saciedad: que cuando se superpone las pasiones y los puestos, a las ideas y los sacrificios, las teorías socialistas y todas las teorías, son tan amasables como el Antiguo o el Nuevo Testamento.

Acaso, una reafirmación rotunda de principios, en estos momentos, hubiera alejado los votos de los electores burgueses, simples traga-frailes o aspirantes desahuciados de empleos públicos; y ante tal dilema se optó por la política oportunista, cuyos resultados en todos los partidos, en todos los países, han sido los mismos.

Quizá el ejemplo de la última lucha electoral en Europa sea demasiado claro para hacer consideraciones. La victoria correspondió a los grupos que habían sabido mantener firmes los principios reformistas fundamentales, tal el caso de Italia; los que sufrieron períodos «transitorios», volviendo pasos,

invocando deberes antes denigrados y voceando los «derechos simbólicos» a trueque de ministerios sin cartera o múltiples colaboraciones en el gobierno, allí la escisión se produjo en el peor instante y la derrota ofreció ventajas a las fuerzas reaccionarias; tal el caso de Francia. Y es que, cuando en la lucha por un ideal, la fé se pierde, ¿qué es lo que queda?

Y en verdad, esta deserción del Partido Socialista, es más grave para la evolución del país, que el advenimiento del gobierno radical. Este en nada nos ilusionaba; a todo lo absurdo nos prevenía, y, como resultado, sólo esperábamos una experimentación más honda en el alma del pueblo adolescente y la desaparición de fantasmagorías turbadoras y ridículas. Por esto, el derrumbe de hoy es más grave y más cruel ante la solución de los problemas que fermentan en todo el mundo.

Nuestros conflictos obreros, lejos están de ser resueltos; a los ojos salta el movimiento subterráneo amenazador y la inercia e inaptitud gubernativa. Un partido orgánico, debería plantear claro el problema, orientar la acción de las masas, metodizar los esfuerzos, obtener soluciones fehacientes y reformas definitivas. Acaso esto, es más difícil y menos productivo que discutir tantas veces al año la sabiduría de Salinas, la constitucionalidad de Irigoyen o las ventajas del divorcio. Nada se obtiene con el sempiterno palabrerío, y cuando éste se convierte en oficio, se termina agradeciendo la existencia del Salinas o Irigoyen y anhelando un «Dios guarde» a los santos padres del reaccionismo.

En tanto, el señor Dickmann, en su comentado discurso, con hábiles intentos de demostrarnos que el problema social se resolverá por vía legislativa, nos lleva a esta triste convicción: las federaciones obreras y las corporaciones patronales, se verán desde hoy solas en el campo frente a frente defendiendo sus derechos con medios violentos y torpes, que aun cuando lleguen a nivelar los platillos de la justicia, dejarán siempre las imborrables cicatrices del rencor y del odio, el maldito tatuaje de la raza humana.

Te arrojaban delante en la lucha creyendo que tú venciendo, habrías destruido los viejos tiranos exhaustos y otorgado a ellos, los nuevos, la libertad de oprimirte y erigir sobre tus espaldas su sordido bienestar.

Máximo GORKI.

Nuestra juventud

por
Roberto F. Giusti

LOS ergotistas de la historia, interpretando a su antojo el concepto de evolución y convirtiéndolo en dogma estrechísimo, se dan el lujo de desconocer la formidable renovación o reorganización o revolución — llámese como se quiera — de que actualmente es teatro el mundo.

El último entre tantos que se nos han presentado en esta actitud es el señor Unamuno, equivoquista de raza, quien, si alguna vez da en el clavo, porque es hombre inteligente, da cien en la herradura, porque tiene la pedantería de la originalidad. Según nos ha dicho en un artículo sobre el grupo «Claridad», publicado en «La Nación», ni se abre una era nueva, ni se ha acentuado en la época que corre el conflicto entre el pasado y el porvenir, ni hay porque tentar ninguna asunción, pues no existe el progreso, ni vale la pena que exista, como que progresar es envejecer. «Et j'en passe...»

Doctrina pesimista y criminal, porque le arrebató al hombre la fe en el esfuerzo enderezado a un mejoramiento de las cosas y de las almas, y mata en él toda capacidad de acción y la virtud del sacrificio.

De puro sabido ya nos tenemos olvidado que en el universo y la sociedad, todo es cambio incesante y perpetua creación; pero peprmitásenos sonreír de quien pretende negar la evidencia de los cambios bruscos, de las revoluciones renovadoras y de la aceleración de la evolución en ciertos momentos históricos. ¿Es que hay quien no ve cómo la guerra ha precipitado el derrumbamiento de la sociedad capitalista, o por lo menos su rápida evolución hacia un régimen de propiedad y trabajo fundamentalmente diverso del que aquella sustentaba? ¿Es que hay quien no ve cómo esa inverosímil catástrofe ha sacudido de raíz todas las conciencias, trayendo al mundo inquietudes, ansias, propósitos, pensamientos, insospechados hace cinco años?

Quienes no saben ver esto — y los hay aún en los partidos llamados extremos — ni piensan ni sienten: carecen del sentido histórico y de alma poética. En efecto, estos pobres ciegos deben renunciar a percibir la belleza épica que reviste los grandes movimientos ideales.

Por suerte la doctrina de la juventud es

muy otra. Lo vemos aquí en la Argentina, a pesar de estar al margen de los acontecimientos del mundo.

¡Lo que va de ayer a hoy!

Nuestra juventud universitaria, que todavía era, hace pocos años, casi sin excepción, mezquinamente tradicionalista y conservadora, hasta asombrar a los extranjeros que la comparaban con la de su propio país; esa juventud sin ideales y ninguna preocupación, salvo la de conquistar el diploma, milita ahora en el ejército de los intelectuales y trabajadores que riñen diaria batalla, en el periódico, la tribuna, el sindicato, contra todas las fuerzas del pasado que se oponen a la improrrogable y legítima renovación de la vida nacional. Bien sé que aún son los menos; pero ya son muchos, cuando antes eran poquitos, y su número va creciendo cada día.

Si miro hacia atrás, y eso que mi mirada no va muy lejos, no encuentro en mis artículos y discursos sino recriminaciones a la inercia y falta de inquietud ideológica de la juventud. Repetir ahora esas recriminaciones, sería injusticia. Existe en el país una «izquierda» perfectamente definida y coherente en materia religiosa y moral; y en lo económico, solidaria con respecto al principio básico de que urge una mayor justicia en la distribución de los bienes de la vida. Pues bien: gran parte de la juventud universitaria ocupa en esa izquierda un puesto de vanguardia.

Si miro hacia atrás, y eso que mi mirada mitiera, me sería grato señalar los pasos de esta generosa tendencia de la nueva generación, la cual, a la vez que ha de darnos — pese a los pusilánimes que no ven más allá de su nariz — una universidad más democrática e idealista que la que está pereciendo en la crisis naturalísima que presenciaremos, — está prestando su entusiasta ardimiento a la causa redentora que hoy se debate aquí como en toda la tierra. Pero es excusada la crónica, cuando su acción múltiple está a la vista del más miope. Es así que renegar de esta juventud, cuyo espíritu me complazco en reconocer en «Clarín», que es una de sus más autorizadas expresiones, es error manifiesto, y muy de veras debemos lamentar que recientemente haya sido cometido por un hombre del partido socialista.

Para mí se trata, más que de un libro, de un acto y de una educación. Es un acto con relación a su autor. Es una educación por lo que enseña.

El autor corre el riesgo de ser sindicado de amarillo o reaccionario por los socialistas: con altura y euanimidad, fulmina la llamada dictadura del proletariado, quiere la democracia de todos y no de un grupo, denuncia contra el bolshevismo, etc. Esperemos que la elevación psicológica de su franqueza y su coraje no le cuesten caro. No lo merecería. Bien al contrario!

La educación que halla en el libro se refiere a varias cosas, que pueden resumirse en una sola: condenación del iluso infantilismo de aquellos que se han llenado la boca, acaso de muy buena fe, con esas cosas grandes como el maximalismo, la dictadura del proletariado, el reinado de la arcadía social, el estado paradisiaco de los amores por la revolución regeneradora y la transformación de este mundo en una corte de ángeles y serafines.

Es simplemente prodigioso. Pero ha sido así, entre nosotros y en otras partes. Y todavía seguimos jugando con fuego!

Jamás he querido creer, a propósito, lo que decían los diarios en sus telegramas acerca de la situación rusa y de los abusos y crímenes del bolshevismo: las respectivas procedencias eran demasiado interesadas para que resultaran ni medianamente imparciales.

Con la lectura de este libro he empezado a inclinarme en tal sentido: no habría cómo reprochar nada respecto de la imparcialidad de la fuente.

He aquí un esquema de sus «resultandos».

El maximalismo dista leguas de ser democrático: se presenta representante «de la masa de paisanos pobres», y el urbanismo pesa, en las elecciones correspondientes, en proporción de 1 sobre 20 contra el ruralismo; es el gobierno de una clase sobre todas las restantes, particularmente sobre la burguesa y la noble; es una dictadura positiva, con los exclusivismos y los odios consiguientes; ha creado todo un formidable ejército, y sólo se sostiene por la fuerza; ha encarecido enormemente la vida, pues los consejos de obreros de las fábricas apenas si han sabido aumentar los sueldos de los trabajadores, con lo cual han hecho subir el precio de la producción, sin contar con que los hábitos de trabajo no resultan muy firmes, y con que la calidad del producto, por lo fatal de la mala dirección técnica, es simplemente deplorable; ha disuelto la asamblea constituyente, que le pudo hacer sombra; todos los favores (distribución de artículos de consumo y de boletas para adquirirlos) son para los obreros, que realizan negocios y utilidades del más crudo capitalismo, al revender a las clases «desheredadas» (la burguesa, etc.), por precios quintuplicados, valores de cualquier orden que éstas no pueden lograr directamente...

Si tal es la arcadía o el paraíso terrenal que nos espera, prefiero el infierno actual.

Quisiera que se me interpretara bien. Sostengo que el régimen que hoy impera en casi todo el mundo civilizado, es arbitrario, injusto e insostenible. El capitalismo implica el gobierno de una clase en su principal provecho propio, y no está cerca de la democracia.

Pero entre el gobierno de la clase capitalista y el gobierno de la proletaria, obligado a escoger entre una clase y otra, me pronuncio decididamente por lo primero, que es un gobierno y no una dictadura, que es apenas un gobierno económico y aún político y no un despotismo individual y social, que es un gobierno de gente culta y de inteligencia y no una dictadura del instinto o un despotismo de la bestia humana, que será un gobierno de prevenciones pero que no resulta un gobierno de odio, que es el gobierno de unos cuantos y no la acción subconsciente de lo anónimo y primitivo de una masa... (Observo, a propósito, que, en el seno del congreso y fuera de él, los grandes socialistas — Bernstein, Dittmann, Kautzky, Branting, etc., — se han anticipado a nuestro autor para fulminar cualquier maximalismo).

Ayer todavía me deleitaba con la lectura de Platón. ¡Qué sarcasmo! Al cabo de más de dos mil años permanecen inmovibles sus lucubraciones contra las democracias mentidas y autoritarias.

«Dictadura del proletariado...» Y se pretende hablar de democracia! Y se tiene el coraje de invocar la solidaridad social, el amor al prójimo, la fraternidad universal... Hay delitos bien grandes que los códigos penales no contemplan!

¡Pero todo esto es ajeno para lo que interese inmediatamente: el comentario del bolshevismo y de la ingenuidad de aquellos que han procurado seguirlo, va a resultar más importante que el libro en cuestión.

La verdad que acaso esto mismo sea el mejor elogio del «acto» del doctor de Tomaso. «Un libro vale más por las ideas

que sugiere que por las que contiene», ha dicho, más o menos, José Manuel Estrada. Es el caso.

Y en estas ideas he tratado de mirarlo. Otros preferirán su aspecto literario. Debo decir que su autor habrá de sonreírse no poco cuando se le inculpe lo suelto o descuidado de su estilo. ¡Uf! la literatura...

Los otros dos libros son extranjeros.

El primero de ambos es obra de un profesor universitario en la «Facultad» de derecho de la Universidad de Yale, Edwin M. Borchard, y se titula «Guide to the Law and legal Literature of Argentina, Brazil and Chile (digamos «Guía jurídica, legal y literaria» de dichos países). Ha sido editado por la «Biblioteca del Congreso», de que el autor es director actual.

Contiene una buena suma de información sobre legislación, jurisprudencia, literatura, bibliografía, etc., relativas a cada uno de los aspectos jurídicos: civil, comercial, constitucional, administrativo, penal, procesal rural, industrial, educacional, artístico y literario, obrero, bancario, aduanero, impositivo, militar, eclesiástico y varios etcéteras. Suele llegar a la prolijidad, con citas de «obras» apenas escolares. Y es fatalmente omiso en mucho más de un sentido.

Así y todo, aún entre nosotros, y hasta con respecto a nuestro propio país, puede resultar útil una publicación semejante, que jamás hemos emprendido ni realizado: si quiera tiene la ventaja de presentar sistematizadas y más o menos completas en sus líneas esenciales, una información y una bibliografía que en el hecho nos resultan secundarias, y que en ese libro podemos apreciar en su justo y merecido valor.

Debo agregar que el libro contiene noticias históricas, sociológicas, etc., que permiten la asimilación del sentido y la orientación de los derechos locales.

Y termino apuntando que la obra del distinguido profesor norteamericano atestigua cómo allá se nos sigue y se procura conocer, sean cuáles fueren los fines, y nos muestra una de nuestras fallas: lo bien poco que de nuestra parte se hace para conocer la cultura y la vida norteamericanas, que tan de inmediato nos tocan y que entran en las lecciones muchas veces más aprovechables y eficientes que las que ciegame vamo a tomar a las civilizaciones milenarias del Viejo Mundo.

También es norteamericano el otro libro.

Se titula «Intervention in Mexico», y es obra de Samuel G. Inman, secretario del actual «Committee on cooperation in Latin America» radicado en Nueva York, misionero que ha realizado excursiones en tal carácter y más de una vez en los diversos países de nuestra América, un alma de héroe, un espíritu de iniciativa, de verdad y de estudio, que hemos contado entre nosotros hace dos años, y que fué como el eje de aquel gran congreso de «Obras cristianas en la América latina», celebrado en Panamá hace tres años, cuyos «reports» y conclusiones figuran en tres volúmenes editados por la «Missionary Education Movement».

Contra lo que pudiera suponerse, dicho libro es todo un alegato contra los norteamericanos y en favor de los mejicanos.

He aquí la síntesis de sus seis capítulos: por qué y cómo no se comprende a Méjico y a los mejicanos por parte de los Estados Unidos; la revolución mejicana es eminentemente social (económico, etc., antes que política); el Presidente Carranza es todo un hombre y un gobernante en lo intelectual y lo moral; qué piensan los mejicanos respecto de los norteamericanos; la actual situación de Méjico es de actividad honesta y de paz; las relaciones entre Méjico y los Estados Unidos deben desenvolverse sobre el respeto mutuo, sobre la base de una adecuada educación (industrial, moral, etc.) de los mejicanos, y no mediante diplomacias intriganteras o intervenciones que en el fondo son una conquista.

Va prolongado el libro por William R. Shepherd, que da a Inman toda la razón. Y éste no tiene que afrontar más dificultad que la contenida en su franqueza y coraje, para mostrar cómo la prensa norteamericana miente a sabiendas al pintar la situación de Méjico, cómo la raíz de las intervenciones norteamericanas en Méjico es de carácter mercantilmente interesado y responde a la protección de los capitales y las gangas de unos cuantos fuertes comerciantes e industriales, que la llamada «doctrina» Monroe se ha convertido en un perfecto engaño-pichanga del más crudo egoísmo en favor de los norteamericanos y en contra de cada uno de los países restantes de este Continente, y que la verdadera solución del problema mejicano-norteamerican debe ser encontrada en la educa-

ción del pueblo de Méjico, mediante una obra lenta y coordinada que vaya ascendiendo desde la emancipación intelectual, moral y económica de los desheredados hasta la educación vocacional (industrial, comercial, etc.) y a la cultura superior de la ciencia y el arte.

El Rev. Samuel G. Inman ha de quedar satisfecho de su obra. Actos así dicen más que cualquier tratado y logran más que cualquier iniciativa oficial. Podrán lastimar intereses subalternos y de momento. Pero miran lejos y alto: por eso, porque son verdad y cosa sana, perduran y concluyen por obtener el verdadero triunfo, el triunfo definitivo. Esperemos que llegue pronto, hasta para bien de los mismos norteamericanos.

Alfredo Colmo

Hacia el libre cambio

La experiencia de la guerra europea

por

Andrés Maspero Castro

(Véase «Clarín» N.º 5)

II

Bien pronto de comenzada la guerra europea, empezó a notarse la impotencia del industrialismo nacional, tantos años protegido, para satisfacer por sí solo las necesidades del país, pues su entera dependencia del comercio exterior que le proveía habitualmente de maquinarias, productos y hasta de ciertas materias primas, le ataron de pies y manos. Entonces se pudo apreciar todo lo falso que resultaba el proteccionismo como medio de atraer nuevas industrias, desarrollarlas e independizar al país del industrialismo extranjero, convenciendo a todos de que el industrialismo como cualquier otro factor de la producción no es obra del capricho de los hombres, sino de sus necesidades, y en tal caso la política comercial que más expedito deja el camino para apreciar, sin simulaciones, las naturales necesidades humanas es el libre cambio, además de no importar un privilegio dado en favor de un grupo y contra toda la nación, como significa el proteccionismo.

Durante los últimos cinco años, han ido naciendo en todos los países no comprometidos en la guerra, una cantidad de industrias con recursos propios y sin ningún artificio, porque se levantaron apremiadas por las necesidades nacionales. Todas estas industrias subsisten cada día mejor, lo que nos demuestra que no hay mejor industrialismo que aquel que nace en un país libre-cambista, al impulso de las necesidades humanas. Todos los demás sucumben tan pronto se les retira la protección porque son artificiales. La guerra europea ha constituido así una gran experiencia en favor del libre cambio.

Terminada la matanza de hombres, los que impulsaron a los pueblos a la tragedia, no quisieron que en las conversaciones acerca de la paz futura, se hablara de problemas económicos, porque sabían muy bien que todo el origen de ella residía en la guerra comercial que el proteccionismo desencadenó, y que hablando de esas cosas

El viajero a quien se instruyese que la verdadera riqueza de la provincia consiste en los frutos que produce, se asombraría cuando buscando al Labrador por su opulencia, no encontrara sino hombres condenados a morir en la miseria.

Mariano MORENO.

ción del pueblo de Méjico, mediante una obra lenta y coordinada que vaya ascendiendo desde la emancipación intelectual, moral y económica de los desheredados hasta la educación vocacional (industrial, comercial, etc.) y a la cultura superior de la ciencia y el arte.

El Rev. Samuel G. Inman ha de quedar satisfecho de su obra. Actos así dicen más que cualquier tratado y logran más que cualquier iniciativa oficial. Podrán lastimar intereses subalternos y de momento. Pero miran lejos y alto: por eso, porque son verdad y cosa sana, perduran y concluyen por obtener el verdadero triunfo, el triunfo definitivo. Esperemos que llegue pronto, hasta para bien de los mismos norteamericanos.

Alfredo Colmo

no quedaria más que dos caminos a elegir: o adoptar el libre cambio, o confesar al mundo de que no han desistido de hacer pelear a los pueblos para explotarlos mejor. Como esto era peligroso, lo natural parecía no hablar de estos asuntos, porque «quien juega con fuego al fin se quema».

Y la Paz se firmó, y todos los que hemos visto en la presente guerra una lucha de intereses, estamos convencidos de que esa paz está «pegada con alfileres», de que la verdadera pacificación de los pueblos no puede sentarse sino por el reconocimiento de los naturales derechos de todos los hombres a comerciar con todos los países, es decir, a la adopción del libre cambio como política comercial universal.

La experiencia de la guerra en favor del libre cambio ha producido sus efectos en todos los países, a pesar de los intereses de los terratenientes e industriales consultados en el Tratado de Paz. En Inglaterra el proletariado ha exigido perentoriamente la vuelta al libre cambio, y la Cámara de los Comunes, después de seis meses de agitada discusión sobre la política comercial más conveniente para sus destinos, ha decidido volver paulatinamente al libre cambio, comenzando por anular todas las prohibiciones de importar que se dictaron durante la guerra, y que se mantenían por influencia de los proteccionistas.

Francia y Alemania han manifestado oficialmente sus recíprocos deseos de llegar a un convenio de tendencia libre-cambista, pues ello es indispensable para la reconstrucción de ambos países. Y las recientes conferencias obreras realizadas en Italia, en Francia y en los Estados Unidos de Norte América, se han pronunciado francamente en favor del libre cambio.

Los proteccionistas alarmados ante estas ráfagas de luz que están iluminando los cerebros de todos los hombres hasta hacerles una conciencia en favor del libre cambio, se han decidido a transigir. «Muy bien, dicen ellos, nosotros les aseguraremos el libre cambio d'ellos artículos alimenticios de primera necesidad, pero ustedes nos asegurarán la protección de todos los demás». Es una fiel expresión de esa política utilitaria del «dox para que des», pero en la cual ellos no dan nada, desde que la libertad comercial es un derecho inalienable de todos los hombres, aunque exigen el mantenimiento del proteccionismo para todo lo que no sea «comercio de hambre».

Glosando a Maquiavelo

por

Manuel M. Podestá

«El Príncipe puede defenderse mal teniendo al pueblo enemigo, porque le componen muchos, pero de los grandes bien; porque son pocos.»
El Príncipe-Cap. XI Pág. 60

I

ES cosa sabida que resulta mucho más fácil llegar al poder que mantenerse en él. Y es por ello que, como saludable enseñanza desglosamos aquí algunas de las sanas reflexiones del ilustre y zarandeado secretario florentino.

Puede perderse el Principado por causas varias y complejas, suele ser la más funesta de todas la indecisión, pues por ella se arriesga descontentar a grandes y chicos, cuando el príncipe asume una actitud, debe perseverar en ella a fin de inspirar confianza a sus amigos y terror a sus enemigos. Mas si se diera el caso de que a uno de sus parciales a quien ha otorgado parte del poder, se hubiera hecho odioso a la opinión por violencias execrables, no titubeara, no sólo en retirarle su protección, sino que también le aplicará el condigno castigo, pues si de otra manera procediese, los malos hechos de aquél redundarían en su propio desmedro y podrían llegar a ser motivo de su desgracia. Cuidará especialmente la elección de sus gobernadores delegados, que serán todos de reconocida adhesión a su causa. Pero si por uno de esos acontecimientos imprevistos, llegase alguno de ellos a levantar bandera contra él, no perdonará medio para fulminarlo con todo el aparato de su poderío, cuidando que la opinión pública lo juzgue traidor a la patria. Mas si el gobernador delegado fuese tan poderoso como para tenerlo en jaque, intentará llegar a algún arreglo, haciendo toda clase de promesas que atraigan al rebelde, pues es sabido que la vanidad y la codicia de los hombres, triunfa a menudo de su cordura. Conseguido esto, aguardará pacientemente la ocasión, y cuando tenga la certeza de su superioridad, derribará al ambicioso de un solo golpe. No de otra manera procedió César Borgia cuando en Sinigaglia se deshizo de Olivereto Da Fermo que se había alzado contra él.

II

La elección de los ministros es otra de las cosas en que el Príncipe deberá proceder con gran cautela. Luis XIII y Luis XIV han pasado a la historia como sabios reyes cristianos por haber tenido el acierto de elegir a Richelieu y Colbert como ayudantes, en cambio Luis XVI comprobó, sobre cabeza propia, la eficacia de la guillotina, por rodearse de gente inepta. Pues si bien es cierto que con ministros torpes e inútiles puede centralizarse más el poder, no hay que olvidar que el que mucho abarca poco aprieta, y que es vituperable caer en el exceso de Calígula que nombró cónsul a su caballo...

No descuidará tampoco al Parlamento, a quien halagará con discreción, procurando de tarde en tarde mostrarle el poder que sobre él tiene, oprimiéndole con mesura. Pero si sus parciales fuesen en él mayoría, dejará que sus adversarios lo ataquen impunemente, con lo cual sentará fama de tolerante. Si agrega a eso la virtud de no hacer vida pública, ya sea por ignorancia, cálculo o temor, cuidará celosamente la pri-

vada, r odeándola del más impenetrable misterio, a fin de que el observador superficial —que es todo el mundo,—lo juzgue enteramente absorbido por los negocios de estado.

III

Otra de las cosas que siempre deberá tener muy en cuenta, será la fidelidad del ejército y la armada, que siempre han sido y serán los firmes cimientos del poder. Para ello procederá con gran mesura y discreción, pues cualquier error en ese sentido puede serle fatal. El pueblo es un niño grande a quien el uniforme entusiasmo y los armamentos encantan, por cuyo motivo dará a menudo desfiles y revistas militares que le diviertan y podrá en esta forma, aumentar notablemente los presupuestos de guerra, a fin de ocupar a mayor número de

oficiales, que sintiéndose protegidos y en mejor situación pecuniaria que antes, le serán de una fidelidad indudable.

Resumiendo, diremos que para que pueda el Príncipe dilatar su poder, debe elegir entre dos caminos perfectamente demarcados y distintos, o bien oprimiendo al pueblo con toda su fuerza, por medio del terror, procedimiento peligroso según nos lo enseñan la historia antigua, moderna y actual, o adulándola incondicionalmente; dejándose dirigir y aleccionar por él, convirtiéndose, antes que en su auspiciador, en su mucamo... pues en último término, es siempre la utilidad del fin, la que responde y explica la calidad de los medios.

Estas son las enseñanzas principales que más de un gobernante parece haber extraído del célebre libro del secretario florentino, que en cada época cobra una saludable, imprevista virtud que lo remozca. Lástima es, después de todo, que por capital defecto de pequeñez del escenario en que aquellas enseñanzas se aplican hasta resultan menguados y raquíticos los déspotas que las emplean, en rudo contraste con aquella desmesurada edad de oro de la humanidad, en que a los tiranos y sus crímenes, no podía negársele cierta desorbitada grandeza.

Los ciegos



Señores, una cuestión domina sobre todas las otras: nuestra reelección.

Caricatura de "Le Rire".

Igual cosa podrían decir entre nosotros: Matias Sánchez Sorondo, Victor Molina, Enrique Dickmann.

Aspectos pintorescos de la reacción

DIVERSAS circunstancias han llenado nuevamente de inquietud a las fuerzas reaccionarias, obligándolas a librar batalla por la conservación de sus privilegios, seriamente amenazados. Y como nada es mejor para conocer a un cojo que verle andar, han puesto en evidencia aspectos insospechados, por lo cómicos y ridículos.

Es al proletariado cordobés que está llevando a cabo uno de los movimientos gremiales mejor organizados del país, a quien debemos de agradecerle ratos de franca e inocente hilaridad provocados, en primer término, por la actuación de los brigadieres de Panurgo. Con una ingenuidad casi angelical, diéronse los benditos a la grata tarea de «animar» la ciudad, paseándose por sus calles desiertas en toda suerte de vehículos, inspirados, sin duda, del mismo espíritu con que se decora de tonos vivos la alcoba de una adolescente neurasténica.

Novísimo y agradable procedimiento que viene a solucionar todos los empleados hasta la fecha, para hacer fracasar las ridículas pretensiones de comer y vestirse que, «por puro espíritu subversivo», tienen los obreros de hoy día.

¡Y son nada las palabras del vice gobernador!

El bueno del funcionario se ha encontrado en el difícil trance de justificar, en un reportaje, la injustificable actitud de su gobierno que, para señalar violento contraste se autocalifica de «capaz», y no ha encontrado mejor remedio para solucionar los conflictos del trabajo que el viejo y desvirtuado sinapismo del machete.

(Comparados con el gobierno, los alegres brigadieres poseen un envidiable espíritu renovador.)

Hay miopías incurables, mas ninguna tan grave como esta de los espíritus reaccionarios que se obstinan en negar lo evidente. Nadie duda ya que el sable policial pierde, cada día, eficacia, como arma de opresión, a medida que los mismos que lo manejan mercenariamente, van dándose cuenta de qué lado están sus intereses.

Y así el Dr. del Barco, en el reportaje aludido, daba por terminado el conflicto, porque los agentes de la policía provincial estaban «animados de un excelente espíritu porque están pagos al día y se los raciona debidamente». ¡Oh poder de las huelgas que consiguen hasta la realización de tales utopías!

Sin embargo, al día siguiente de tales declaraciones, el gobernador de la Provincia dirigíase telegráficamente al Ministro del Interior solicitando el auxilio del ejército nacional porque «se preparaba un movimiento revolucionario a efectuarse por huelguistas coaligados con elementos políticos».

Y no podía faltar, claro está, en este asunto, el consabido telegrama del presidente de la Liga Patriótica. De exprofeso le hemos reservado para cerrar, como con un broche de oro, este rápido comentario de los más salientes sucesos risueños, producidos alrededor de asunto tan serio. Las palabras del Dr. Carlés no suscitan comentario, como las grandes obras de arte, como la naturaleza misma, se explican por sí solas, interesan a todo el mundo y cada cual, en la medida de su capacidad, extrae de ellas el jugo que puede: «En este caso, la huelga por ser «general», no es económica, ni legal: es revolucionaria y atentatoria del orden social, por lo que es necesario combatirla en todo terreno, predicando la ver-

dad, calmando los ánimos, auxiliando a la policía y metiendo en vereda a los revoltosos.»

Según «La Nación», órgano oficial de la Liga, «en esas palabras se establece, claramente, la «doctrina» de la Liga en materia del respeto del derecho de trabajo...»

Nosotros confesamos, sinceramente, que en materia de «doctrinas», no hemos encontrado hasta la fecha nada tan regocijante.

La Gran Colecta Nacional que había adquirido ya el encanto de las cosas pasadas para siempre, retoña y pretende tender sus raíces hasta la entraña misma del pueblo.

Del pueblo era—qué duda cabe—el dinero donado por los poderosos, pero como aquél aún tiene algo, es menester que dé también para contribuir a su propio mejoramiento, y cuanto más dé y más necesidades pase, mejor ha de saberle luego la limosna que reciba.

El procedimiento es ingenioso y, desde luego, científico, somete económicamente al pueblo a las leyes del sifón.

Lástima sería que aquél—siempre cambiante y proteico—no dé el tiempo necesario para apreciar la eficacia del aparato y trastorne, extemporáneamente, las cosas. Es de temer que por cualquier disgusto, ocasionado, por ejemplo, por la dirección

La decadencia de Buenos Aires

por

Leopoldo Hurtado

PARA el filósofo de la historia, no hay nada tan elocuente como el fin de aquellas ciudades que, fundadas a lo largo de una ruta comercial, o al azar de un tráfico adventicio, quedan bruscamente desplazadas en la usual actividad por un cambio geográfico o un acontecimiento histórico. Yacen sepultadas en el polvo eterno, y al correr de los siglos ven deshacerse, partícula por partícula, sus piedras abandonadas. Cuando la fría curiosidad del arqueólogo descubre el sitio en que estuvieron emplazadas, apenas puede concebirse sobre sus restos informes, la bulliciosa actividad de las muchedumbres que un día la animaran. Este ha sido siempre, sin excepción, el destino de las ciudades que atendieron con desmedido afán, los menesteres materiales y sólo estuvieron despiertas al logro de la riqueza, del lujo y del placer; sólo las ciudades espirituales gozan de la inmortalidad, y tan es así, que cuando ya nadie sabe ni dónde estaba la sede de la Babilonia imperial, la de los placeres famosos, todavía las piedras subsistente de la Atenas pobre y humilde están haciendo soñar a los hombres con el milagro griego de la humanidad perfecta; tan cierto resulta que sólo lo espiritual es eterno.

Digo esto para Buenos Aires, ciudad que desgraciadamente va necesitando que se lo repitan con frecuencia; porque ya no es un misterio el evidente proceso de materialización y de insensibilidad que se opera en ella, a medida que se extiende como un pulpo tentacular por la llanura aldeaña, y agrega a las cifras de su estadística los cetos fabulosos de su crecimiento numeral. Díjese, en realidad, que sólo crece por agregación de cereos...

Porque si Buenos Aires es hoy, políticamente, más que nunca la capital de la república, espiritualmente esto va dejando de ser cierto. Jamás ella ha tenido, como ahora, tanta influencia política en el inte-

del caño de salida, se le ocurra implantar un huevo procedimiento, el de los vasos comunicantes, pongo por caso, para no abandonar los aledaños de la física.

En el banquete con que—inevitablemente—debió comenzarse esta segunda etapa de la colecta, el Dr. Enrique Ruiz Guinazú pronunció algunas palabras dignas de recordación:

«A mi juicio, señores, y perdonad esta expansión personal entre vosotros que fuisteis los factores de la grandiosa campaña, el acontecimiento que festejamos «constituye el hecho sociológico más trascendental de nuestros anales» ¡¡¡sic!!!

«He tenido oportunidad de hablar en una conferencia pública acerca de la política social del momento, y decía, en contraposición al pensamiento de Platón, que hoy se impone la política del «hombre hermano del hombre», teniendo en cuenta que el peligro deriva, no de la antinomia de fortunas, o de la desigual distribución de las riquezas, sino del desamor y de la inconducta moral.»

Desde ya levantamos la candidatura del ilustre orador para la futura presidencia de la Liga Patriótica Argentina.

Creemos que ni el propio Platón se opondría, incapaz de cobrar rencor por tan justificada discrepancia.

Francisco de Aparicio

rior, hasta hacer poco menos que un mito el federalismo constitucional. La historia política del país, en estos últimos años, no es más que una serie de atropellos a las autonomías provinciales; casi no queda provincia por intervenir, vale decir, por someter a los poderes nacionales.

Y bien, esta suma del poder político que goza hoy la capital, está por desdicha compensada por una creciente desventaja en lo que se refiere a la dirección espiritual. Y este fenómeno resulta lógico de suyo, desde que el anormal poderío político está indicando a las claras un desquiciamiento de la moral ciudadana. Buenos Aires aparece hoy desligada por completo de los problemas materiales e ideales del resto de la república, a punto tal que uno podría sin esfuerzo imaginársela situada en cualquier lugar de la tierra; y en su completa apatía a las solicitudes externas, dijérase uno de aquellos paquidermos que sólo pueden ser heridos en el vientre...

Y la función capital, en política como en biología, no consiste tanto en mandar como en dirigir; esto es lo que distingue, por ejemplo, a un cerebro de un ganglio y a una metrópoli de un caserío. Para dirigir, es menester estar alerta a las necesidades complejas, tener la conciencia de la cenestesia, diría, de la nación. Por esto es que Buenos Aires va dejando de ser capital en el verdadero sentido del término; el ser cabeza determina, de por sí, deberes perentorios de solidaridad: no es posible concebir un cerebro, pongamos por caso, que se desentienda de lo que sucede al organismo a que pertenece. Y es lo que ocurre, si bien se mira, ante la dirección ideal que la república reclama a esta ciudad, y que ésta no se encuentra en estado de asumir. A la angustiosa expectativa con que los elementos liberales y progresistas de las provincias han estado respecto de la actitud bonaerense,

no ha respondido esta ciudad más que con actos que demuestran su lamentable situación ideológica. Buenos Aires es hoy—y esto infortunadamente se puede probar con cifras—la ciudad más reaccionaria de la república. Bástame comparar, para muestra, el despertar de la conciencia obrera en el interior, y sus claros anhelos de reivindicación total, con el inocuo y chirle socialismo metropolitano.

El pueblo, o mejor dicho el populacho bonaerense ha dejado que le fueran cerceñando una a una todas las libertades, como sendas cabezas de una hidra funesta, que no las renueva con idéntica facilidad. No le ha importado que le suprimieran el derecho de pensar, de escribir y de reunión, con tal que le dejaran intacta la triste libertad de arruinarse dominicalmente en el hipódromo, y de darse una ilusión anual de soberanía con el «Derby» electoral de sus políticos.

Esta insensibilidad creciente se opera no sólo con el interior del país, sino también con el exterior, con Europa, de la cual fué por muchos años la intermediaria forzosa. La civilización llegó al país por Buenos Aires, que fué su órgano indispensable de comunicación durante el siglo pasado, pero esta misma función la ha perdido con el tiempo. El interior se encuentra hoy mejor informado que esta ciudad de lo que pasa en el mundo, porque no depende tanto de la prensa mercenaria, y tiene una visión más amplia y segura del momento histórico. En cuanto a la información artística y científica, será suficiente mencionar el hecho de que a Córdoba, por ejemplo, llegan primero que aquí las últimas novedades de la librería europea.

Con todo, y aún siendo serio su estado actual, no quiero negar en absoluto que algo queda en pie del antiguo espíritu de esta ciudad, que por cierto en otra época fué mejor, pero está a tal punto sepultado por la masa que apenas si se le percibe. Parece que a la ciudad no le hubiera alcanzado el alma para tan grande cuerpo, con lo cual vino a quedarle en proporción homeopática por el desmedido ensanche. No es pequeño el número de los que luchan y se esfuerzan por mantenerse a la altura de la vida contemporánea tan variable y azarosa; no toda su juventud parece lamentable inconciencia, y de ello es un ejemplo esta revista.

Pero la misma mole que nos hemos propuesto inquietar, nos desazonará por la pequeñez resultante de nuestro esfuerzo, y nos obliga a duplicarlo, para que nuestra voz se oiga siquiera débilmente en el tráfago ensordecedor de sus multitudes. Tan es así, que este mismo diagnóstico, un tanto despiadado, no excluye el amor que todos la tenemos, ni el afán terapéutico que le presta utilidad. No olvide esta ciudad que si alguna vez le pegamos fuerte, no es que la querremos hacer daño, sino que le conocemos la piel dura...

De la vida provinciana

Política de Campanario

De tal modo puede ser motejada, con justicia, la política de provincia. Y tentados estamos para afirmar que tal mote sentaría bien a la política de toda la nación, si no fuera que nuevos grupos, a diferencia de los partidos tradicionales argentinos, levantan por bandera ideas económicas y conceptos sociales modernos que los diferencian fundamentalmente. Mas, no es de éstos, de quienes queremos ocuparnos esta vez.

Sino, de aquella política pequeña, menuda, de pleitos caseros, de eso que llamamos política de campanario. ¡Es realmente una cosa fea esa vieja política de provincia! Los partidos son grupos ocasionales o circunstanciales. Las grandes palabras y los conceptos abstractos sirven de máscara a los apetitos vergonzantes. Se lucha por los puestos públicos y las gangas que comporta el gobierno. No hay allí ni una idea, ni un programa, ni un concepto, más o menos concreto que exprese una aspiración colectiva, una orientación de gobierno. Pero si no se tienen propósitos de gobierno, se tienen, sí, promesas para sus electores. Así se brega; y en esa brega subalterna, claro es, que la lucha tórñase personalista, odiosa, procaz. Los adversarios políticos, son adversarios personales. El insulto soez y la grosería canalesca para de un bando al otro. Se hociquea constantemente en la vida íntima. Al defecto, a la falla, a la debilidad mostrada por los unos, se contesta exhibiendo el defecto, la falla, la debilidad de los otros. Todos los medios son buenos para lograr el fin. La intriga, la calumnia, la malediscencia, el chisme juegan un gran papel. El partido que tiene el poder se vale de él para impedir la propaganda de sus adversarios. Así ha sido siempre. Y, ahora, con los gobiernos regeneradores, más que siempre, porque estas gentes de clase media o peor, en su afán de imitar a los burgueses del régimen, por envidia, los imitan hasta en sus errores. Así se dan la ilusión de ser otra cosa de lo que son.

Y ya se sabe como se regenera a las provincias rebeldes; allí va la intervención con su cohorte de pretorianos y tras ella el ejército a amparar al caudillaje bárbaro en sus deprecaciones. Suele suceder que a veces alguna o algunas voces de hombres, superiores a su medio, se levanten sobre la pequeñez ambiente, pero esas voces se apagan entre la alharaca de los mercaderes. Allí tiene su más cumplido escenario el señor Tartufo, de Molière; y también Don Basilio de Sevilla esa grotesca silueta que semeja una sombra chinesca en la comedia de Beaumarchais, con sus alas de murciélago y su cuerpo anguloso y enjuto, cuyas armas predilectas son la calumnia y la intriga acompañadas de un inagotable caudal de cinismo y de audacia. Allí también está Don Gil Blas de Santillana. Hay un sello de baja y de servilismo en toda su persona que hace de este personaje el hombre capaz de todas las maniobras porque está hecho a todos los encorvamientos. Come en todos los pesebres, bebe en todos los cántaros. Es empresario de elecciones y corredor de candidaturas. Tal es el ambiente y los personajes de la política de provincia.

¡Y el pueblo?—se dirá—: El pobre soberano hace lo que quiere que haga. Miserable e ignorante sigue a don Fulano o Zutano sin saber por qué ni para qué. Está borracho de alcohol que le dieron en la taberna o en el comité para tonificar su voz y entonar mejor su pecho. En las vísperas electorales, también le dieron juego. Allí ha entonado la guitarra sus melancólicos tristes. Ha bailado sus gatos bulliciosos, sus alegres pericones y sus zambas sensuales. Ha cortejado a la chinita esquiva, aquella de sus coplas amorosas. Se ha co-deado y bebido obligo tras obligo, con los señoritos, la noche de la parranda. Y todo además, si es del partido del gobierno, tiene el derecho de vagar borracho de vino y de «libertad» ¡Qué más puede pedir?

Arturo de la Mota

Las ideas vertidas en los artículos firmados, no comprometen mas firma que la de sus autores y en ningún caso la dirección se solidariza con ellos.

La contradicción que pudiera advertirse en diversos autores que publican en estas páginas, evidencia la amplia libertad de esta revista.

Las milicias del Señor

Entre la multitud que en los días patrios irrumpe por esas calles en virtud de no sé que instinto de agrupación, se habrá notado, seguramente, unas filas de soldaditos precoces, con grandes banderas, flanqueados, a modo de oficiales, por gente de sotana.

Son los batallones infantiles que con significativa predilección organizan las escuelas confesionales para la mayor gloria de Dios y de la patria. A una edad en que antaño, el Señor, solía elegir sus ángeles, estos niños aprenden hoy el noble oficio de matar al prójimo.

Estamos presenciando una reedición de aquellos famosos batallones del Niño Dios o de las Cinco Llagas, que atronaron con sus tambores las silenciosas callejuelas de la Quitó de García Moreno, o la Candelaria jesuítica. No tardará en aparecer, de seguro, algún regimiento de dragones San Francisco de Asís, y es de imaginar la cara que pondrá, allá en el cielo, el santo epónimo...

Sabido es que hasta poco, las escuelas confesionales solo producían dos clases de graduados: pobres de espíritu y anticlericales, así fuera mansa o rebelde, respectivamente, el alma infantil confiada a sus claustros. Ahora se agrega esta variedad miliciana, con lo cual atestiguan, una vez más, el verdadero carácter de su doctrina.

De este modo obran sobre el niño, en forma convergente, para mayor eficacia, estas dos ramas igualmente funestas de los poderes de opresión: el militarismo y el clero. El militar no tiene más que agrupar en rediles, la recua mansa y sumisa que le proporcionan las escuelas de Dios, y que mañana, para mutuo provecho, enviarán a la Gloria...

Y es que ambos coinciden hacia un fin común, que es la sumisión del hombre. Uno y otro proscriben la obediencia ciega, el respeto absoluto, el aniquilamiento de la personalidad. El dogma produce, con el principio de acatamiento, la ideología necesaria a la disciplina militar y la gente de cuartel no ignora, a su vez, las inapreciables ventajas de una consagración divina de la fuerza.

La cruzada wilsoniana por la libertad que no deja dudas sobre la suerte que les espera, hace un poco extemporánea esta militarización cristiana de la infancia. Los soldaditos que conducen han de ser, probablemente, futuros encargados del desarme.

Marco Polo

De la capacidad

para gobernar

Cuando a las clases capitalistas se habla de la posibilidad de que, en día no muy lejano, lleguen a conquistar el poder las clases trabajadoras, hacen un gesto despectivo y, sin saber a punto cierto lo que afirman ni por qué, dicen:

«Las clases trabajadoras no están capacitadas para gobernar».

Quisiera saber qué es lo que se entiende por esto. Si dicha capacidad consiste en esperar a que los problemas de toda índole se resuelvan por sí solos, en cobrar contribuciones e impuestos de aduana, en permitir que se engullan golosamente la riqueza del país media docena de acaparadores privilegiados, confesemos que los gobiernos que hemos padecido desde hace muchos años, estaban capacitadísimo, no ya para gobernar este pueblo, indiferente y cachazudo, sino al mundo entero.

Si, para formar parte del cuerpo legislativo, no es necesario más que ganar una elección por mañas electorales, ir de tanto en tanto al palacete del Congreso, interpedar o defender a un ministro, enfurruñarse como niño mal educado, dar bastonazos, propinar una que otra pateadura con toda caballeridad, enviar padrinos, concertar

el honor de los que se batan o peleen como arrieros, más limpio y brillante que los chorros del oro; también hay muchos entre las clases más o menos conservadoras, que disfrutan de una capacidad tan grande y tan asombrosa que sólo se atreverían a negarla los idiotas.

Si portarse de una manera que contente a pocos y disguste a muchos, obrando siempre con desconocimiento o desprecio profundo de la ética—que debe ser alma y eje de toda sociedad bien organizada—es estar capacitado, sospecho que las clases trabajadoras no tienen ni tendrán nunca capacidad bastante.

Porque los que trabajan y sufren entienden que gobernar es hacer algo más que cobrar contribuciones e impuestos, y que para legislar equitativamente sólo se necesita buen sentido, conocimiento de la vida, serenidad de conciencia y rectitud de intenciones. Para ellos sobran, tanto la oratoria brillante, como las palabrotas hirientes y chabacanas que emplean tantos diputados de todos los matices políticos.

No creo, que al decir que los que trabajan no están capacitados para gobernar, las clases conservadoras se refieran a la capacidad mental y cultural. Sería echarse tierra a los ojos; porque en mentalidad, en cultura y en pureza de costumbres es muy difícil que pudieran resistir airosamente la comparación. Además, sería desconocer—que el florecimiento del país, no se ha debido nunca a la gestión gubernamental, entorpecedora casi siempre, sino al esfuerzo de los que sufren y producen.

Hay por otra parte entre los que trabajan—y esto lo sabe todo el mundo—sabios de gran valor moral e intelectual, estudiosos incansables, inteligencias cultivadas, profundos y serenos conocedores de la vida, hombres que, a más de doctores son doctores, obreros que no van al almacén a jugar al truco, sino que leen libros, asisten a conferencias, ponen gran empeño en fortalecer la inteligencia y están inspirados por ese espíritu excelente de rectitud, de bondad y de justicia que dignifica a los pueblos.

No están capacitados para gobernar, porque les ha faltado una cosa esencialísima: el deseo de hacerlo. Pero téngase en cuenta que el día en que lleguen al convencimiento de que por los caminos trillados no puede llegarse a parte alguna, nacerá en ellos ese deseo salvador y honrado. Y sin esfuerzo, sin tristes violencias que encorvan los ánimos y repudia el buen sentido, escalarán las cumbres del poder, y demostrarán con toda claridad, no sólo que están capacitados para gobernar, sino que eran los únicos que verdaderamente podían hacerlo; porque saben trabajar, saben producir, y querrán realizar y realizarán, sin dudas, el ensueño, largamente acariciado, de que reine en la tierra—para todos—la abundancia, la paz y la justicia.

Rafael Ruiz López

Los libros

B. González Arrili - "Protasio Lucero"

A rededor de la vida provinciana no pocos escritores argentinos han tejido novelas y cuentos. A pesar de ello, la capital ignora lo que es el interior de la República; la capital absorbe toda la vitalidad del organismo entero y da de limosna sus sobras a las ciudades de tierra adentro; vive de ellas—que no en balde es Buenos Aires el principal puerto del país—y, sin embargo, las desconoce cuando las instituciones que crea no encuadrán en el reducido marco lugareño, cuando las leyes que elabora resultan inaplicables allí por exóticas, cuando el rebaño de los políticos fomenta desde la metrópoli el desmesurado crecimiento del litoral, olvidando las restantes regiones—que según nuestra prensa nescente—pertenecen al «vasto, hospitalario y

J. M. Monner Sans

Roldán poeta

Hace ya varios años que Roldán publicó su primer libro de versos: *La senda encantada*. Era un libro niño, sin personalidad; lleno de imitaciones; pero que se vendió copiosamente, el público aún oía el eco de sus conversaciones tan amables como huecas que muchos dieron en creer discursos. Después Roldán ha tentado el cuento en una prosa desmayada y el teatro en un verso tan infeliz como el de *El Señor Corregidor*. Y el éxito lo sigue acompañando, su público, un público compuesto de viejas y señoritas cursis y viejos y mocitos casi analfabetos, lo aplauden a rabiar.

Ahora el autor de *La senda encantada* vuelve por sus olvidados fueros de poeta lírico, y publica otro volumen: *Llamas en la noche*, peor que aquél.

Sus incursiones dramáticas no le han enseñado a versificar siquiera, y su verso ríspido se arrastra lamentablemente o encastrina con durezas inconcebibles. Revela, además, una flagrante pobreza, porque incluye en su segundo libro, además de varias composiciones del primero, su desdichado poema *El Gaucho*, en el que se dicen todas las simplezas y lugares comunes que sobre el tal personaje se vienen acumulando desde hace cincuenta años. Roldán puede figurar dignamente con él, entre los payadores italo-criollos del suburbio.

Llamas en la noche se bifurca por dos caminos: el madrigalesco y el filosófico: un hacinamiento de palabras campanudas con muchos signos de admiración.

En sus madrigales, se muestra descaradamente embustero. Todo allí es imaginación; y todo se dice ahí a gritos, a la usanza de los seudo clásicos españoles del siglo XIX, porque Roldán no ha tomado del modernismo más que su forma exterior, sus libertades, cómodas para él que es un pésimo versificador; en cuanto a su estructura íntima, a ese tono confidencial y dulce que ha llenado de intimidad y ternura la seca y sonora literatura castellana; Roldán no la conoce: es un rezagado del romanticismo llorón y palabrero de los Cavestany y otros académicos.

Entremos en el camino filosófico. Si antes la literatura roldanesca era sonora, aquí se hace estrepitosa, confusa; tan confusa que algún ingenio creerá que dice algo entre aquel montón de palabras.

Roldán le pide a Jesús:

que poco alumbre pero alumbre un poco y que ofrezca la gloria de un amparo al que sienta el hastío de estar loco!

¡Es hastío de estar loco!, ¡qué es eso? Grita Roldán:

«¡Aquí la libre América!...» ¡Todavía cree en la libertad de América Roldán!, ¡y eso pese a la ley de Defensa Social y a la Liga Patriótica? Evidentemente, es un optimista.

Hay una redondilla que titula *Palabras Rebeldes*, (rebeldías Roldán, el burócrata, el político acomodaticio del viejo régimen!) en esas redondillas pretende imitar las *Milongas Clásicas* de Almafuerte; y dice, página 53:

Otro aspecto el barro toma porque a tal se presta el barro; pero César va en su carro por las Vías de su Roma.

¡Y?...

Es inmoral servirse de la propiedad privada para socorrer los males espantosos debidos a la existencia de la propiedad privada.

Oscar WILDE.

La "Parada"

por

Santiago Rusiñol

Para los chauvinistas y para todos aquellos que creen que ser patriota significa admirar incondicionalmente lo propio y desdenar lo ajeno, transcribimos este incomparable capítulo de Rusiñol, de su "Viaje al Plata", en el que con pluma maestra, fustiga uno de nuestros más visibles defectos con justa y amable ironía. Hay en él más afecto sincero por nuestro país, que en todo el torrente de ditirambos con que los Blasco Ibañez y Gómez Carrillos que hemos sufrido, nos endilgaron al solo efecto de colmar sus bolsas, con los treinta dineros de su indignidad.

Estos argentinos amables y correctos; las hornadas de extranjeros que vienen a hacer fortuna; los que ya la han hecho; los que no la pueden hacer; todo este conglomerado de razas y de procedencias que forman este pueblo típico, todos son gentes sencillas y modestas hasta el día en que tienen un cargo. Desde el momento en que son Junta, en que son Gobierno, en que tienen misión, con excepciones bien contadas, se acabó para ellos la democracia.

Este pueblo, que de lejos tiene fama de ser demócrata, creemos que no lo es, o que si lo es, lo es por fuerza. Voy a tratar de demostrarlo. En ninguna parte de España (país aristócrata, según creen los de aquí) es tan difícil como aquí ser elegido de uno de los Círculos de los elegidos; en ninguna parte está el teatro tan dividido por clases, ni en ninguna parte reciben a las Embajadas de un modo más oficial. Aquí el que llega quiere hacer dinero, y en cuanto lo tiene, quiere figurar, y en cuanto es *junta*, ¡adiós recuerdos de lo que fué cuando llegara! Aquí el socialismo no hace camino, porque el hombre más exaltado y de ideas más arraigadas, en cuanto puede lograr un terreno, arraiga en su *solar* y no se acuerda de las pláticas; aquí no hay condecoraciones, pero en ninguna parte hemos visto tantos lacitos, ni distintivos, ni medallitas, y el que lleva encima uno de estos emblemas, se en-

galla como un pavo real, y el hombre que se engalla no es demócrata; aquí, el que lleva un signo, sea oficial, sea distintivo, se considera obligado a estar serio, a hablar en voz baja, y poco a poco, a pesar las palabras y las acciones, a ir vestido de negro todo el santo día, y a tener lo que aquí llaman *parada*, que viene a ser la *pose* cívica.

Puede que esto sea dignidad o conciencia cívica del cargo; no lo negaremos, pero no es democrático. Hemos visto hombres de negocios que, en cuanto tienen gerencia, ya para conseguir hablarles se necesita hacer más cola que para ver al Zar de todas las Rusias; en los Bancos y en las casas de comercio pegan en la puerta un *Sea breve*, tan insultante, que antes de haber empezado a hablar, ya se le han quitado a uno las ganas. Conocemos cajeros de tiendas que porque tienen el cargo de guardar un montón de pesos, se les ha acabado el reír para siempre; hay redactor de periódico que porque le han dado el castigo de *estar al frente* de una sección, parece que la tierra gira sólo para él, y que si él no escribiese, ¡adiós planeta! El hombre natural, aquí, es bueno, es generoso, es inteligente, pero echa de una misión al cuerpo y metedle dentro de un *smoking*; se os convierte en notario en función de explicaros el testamento. La *parada* les seca la cara, el humor y la naturalidad. El cargo les echa a perder la vida.

Estos hombres, naturalmente, necesitan de otros como ellos para dignificarse mutuamente. Si uno *posa*, y otro no le hace caso, ha perdido el tiempo y la *parada*, así es que, para no perderlos, necesitan formar institución, y a medida que la Argentina va siendo más rica, para que haya de todo, va habiendo más hombres de éstos.

Llega esto a un punto en que existen Sociedades que parece que se hayan formado solamente para celebrar junta y poder ser de la Junta; parece que hay aquí Gobierno para que pueda haber diputados, y que son federales para poder elegir unos cuantos más. Y el extranjero que no sabe que aquí

el que no *posa* no come, y que si no va de frac nadie le recibe bien y si no tiene *smoking* es sospechoso, si no lleva una buena levita, de estas solemnes espaciosas, largas, solapadas, más le valdría volverse a su casa, si no quiere ser desairado en los actos oficiales de ceremonias democráticas.

Ser *acto oficial*; esto es, recibir presidentes, recibir infantas, tratarse de igual a igual en clase de hombre modesto con todas las aristocracias; ser representación viva de la fuerza de la fortuna ante la fuerza de la sangre, es la *parada* suprema de los tocados de esta chifladura. Decir: yo, del pueblo, nacido de inmigrante, por mi solo valer, he llegado a tener más ropa, y más planchada y más ancha que tú, que eres de clase noble; yo, nacido de casa humilde, soy tan humilde que te hago cara; soy tan del pueblo que ya no lo soy; he sido tan socialista que ya que me ha llegado la *mía*, lo hago valer porque tengo derecho a ello; tuve que representar tanto tiempo mi papel de pobre, que ya, que no lo soy, quiero que se vea tengo el orgullo de la sencillez; es decir, de haber sido sencillo, pero el que lo sea, que no se me acerque.

Y es hermoso verlos cuando van juntos a recibir a alguien oficialmente. Lustrosos, planchados, casi todos calvos, se les va pasar en sus carretelas como a los concejales de Barcelona cuando van a inaugurar un mercado o a poner una primera piedra. Ninguno lleva uniforme, ni plumas, ni condecoraciones; la condecoración son ellos. Es su modo de sentarse, la seriedad, la hinchazón satisfecha, la mano que cuelga al costado del coche y la que se esconde en el chaleco; la dignidad del patrio que va solemnemente a salvar su patria. A estos hombres, en tales momentos, no les preguntéis qué representan; son la *parada* de los pueblos nuevos. Así como en los pueblos viejos llevan los galones en la ropa, en los modernos los llevan en la piel, y la piel dura más. Ellos son la vanidad que ha de venir cuando las naciones sean *civiles*; la vanidad de la ropa negra, con lustre por dentro; la vanidad que demuestra que el hombre será siempre igual y que no hace sino cambiar de pluma.

Esto es la *parada*, caballeros. Lo que aquí llaman *parada*, que es una de tantas variedades de la necedad humana como la madre naturaleza regala a los hombres, desde el que lleva anillos en la nariz hasta el que lleva frac a la inglesa, para que el mundo sea más divertido y podamos pasar mejor el rato.

El porteño el argentino maduro, ha inventado el nombre y también sonríe. Sonríe de esta vanidad nueva, de estos aires de niño, vestido para el día de fiesta, de la nueva pretensión, y sobre todo, de tanta inocencia. Porque el de la *parada*, no es hombre malo ni hace daño a nadie, ni muerde a la gente. Es el antiguo obrero o el antiguo tendero, a quien se le han subido los pesos a la cabeza; la aristocracia del demócrata; la vanidad de las clases nuevas.

No sólo no hacen daño, sino que hacen bien. Por *parada* regalan Museos, Universidades, escuelas, y cuando son *junta* ponen los cuartos. Por *parada* hacen marchar el comercio, por *parada* van al teatro, y no escuchan, pero en cambio, pagan. Y el hombre que paga y no protesta, que haga toda la *parada* que quera, que la nación no va perdiendo gran cosa.

Ernesto Morales

que alzó su barbarie indiana
contra el Dios de la cristiana
impercedera grey...

Todo lo cual asombraría sino estuviésemos acostumbrados a leer disparates mayores en la literatura roldanesca, afirmaciones arbitrarias, anacronismos risibles...

Roldán constituye una de las cuatro o cinco cañamidades del momento actual. Muchos jóvenes principiantes lo consideran un Maestro, sus lucubraciones dramáticas contribuyen a aplebeyar aún más los escenarios, atiborrando-os de insulsez; Roldán debe ser seriamente combatido, callar es hacerse cómplice de su literatura que arrastra en la cenagosa agua de sus ríos, toda la ramplonería y la vacidad de la literatura española que él admira: enfática y sonora. Roldán es un romántico envuelto en ropaje arlequinesco de modernista. Hace como que piensa, pero sólo da gritos; hace como que llora, pero sólo se suena la nariz.

Manifiesto del Ateneo Universitario

La reforma universitaria

El «Ateneo Universitario», fundado en 1914 por un grupo reducido de jóvenes y que hoy cuenta con más de 200 socios, es una institución formada por estudiantes y egresados de las distintas Facultades, y abierto, por extensión, a todos los estudiosos del país.

Esta circunstancia, y su desvinculación absoluta de la política y de toda acción inmediata, definen su posición de estudio frente a los problemas generales que plantea el desarrollo intelectual de la República.

Nuestro carácter de universitarios nos exige el estudio profundo de esos problemas; nuestra condición de hombres jóvenes nos impele hacia las cuestiones de índole social.

Ambas actividades, igualmente necesarias en una institución como el Ateneo, que aspira a ser el exponente más completo del actual pensamiento universitario, hállanse representadas por dos núcleos de orientación bien definida: la Junta de Estudios y el Comité de Acción Social, que tienen su órgano de expresión en «Ideas» y «Clarín», respectivamente.

La «Junta de Estudios» concreta hoy su labor sobre uno de los problemas más discutidos: la Reforma Universitaria.

Si el gobierno y la organización de la enseñanza fué, hasta hace poco, materia exclusiva de la Universidad y de algunos políticos, el decreto del 11 de septiembre del año ppdo. la ha tornado en función estudiantil.

A nadie escapa la trascendencia de la función y la precaria capacidad actual de la masa estudiantil para ejercerla.

La necesidad imperiosa de adquirir conciencia en la práctica de este nuevo derecho, indujo al Ateneo a auspiciar el estudio de la Reforma Universitaria, aspirando así a llegar, por el único camino que sabe inteligente, a la raíz misma del problema universitario.

¿De qué medios podemos disponer?

Contamos, en primer término, con la palabra autorizada de los maestros, con las reflexiones de los profesionales noveles y con las impresiones de los alumnos.

Creo el «Ateneo Universitario» que la enseñanza del país necesita una reforma completa, y en tal sentido sostiene que ésta ha de ser esencialmente la obra de los docentes y de los docentes, en armónica contribución de experiencia por parte de aquéllos y de empuje de nuevo ideal por parte de éstos.

Opina el Ateneo que nuestro concepto de función universitaria exige una meditada revisión, que nuestra enseñanza superior carece de «universalidad» y profundidad; que la especialización no existe entre nosotros;

que los exámenes, hoy y aquí, lejos de ser una prueba de competencia, eternizan el psitacismo; que la orientación práctica dada a ciertos estudios es más bien un exponente de manualidad que de aplicación doctrinaria; que la provisión de cátedras sigue consagrando a maestros y políticos; que todas nuestras Facultades, desconociendo el fin superior de la enseñanza, viven al margen de la vida y no preparan para ella en su sentido más amplio; que Facultades hay que, sin propósito fijo, llenan a medias funciones ajenas, descuidando las que debieran serlas propias; que, en fin, la mentada Reforma Universitaria, que debió corregir estos graves defectos, no es más que una respuesta precipitada a preguntas formuladas con precipitación.

Estas circunstancias obligan al Ateneo a considerar el decreto del P. E. como el primer acto de una obra impuesta por el estado social y a invitar a todos los universitarios a contribuir, con el estudio del problema, a la realización de la verdadera reforma.

El «Ateneo Universitario» ha ordenado ya varios trabajos tendientes a ese fin: ha organizado un ciclo de conferencias sobre cuestiones universitarias a cargo de maestros; en la primera serie, pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras a fines del pasado mes, don Ernesto Nelson analizó los defectos fundamentales de nuestra enseñanza superior y presentó los dos tipos de universidades: la profesional y la cultural. En sucesivas conferencias, los doctores Alfredo Colmo, Juan B. Justo y señor Ricardo Rojas, tratarán otros aspectos del problema, v. gr.: la Universidad y el Estado, la Universidad y la especialización científica, etc.

Conjointamente, una comisión formada por dos miembros de cada Facultad, ha enviado al os estudiantes de las mismas un cuestionario sobre puntos concretos de la Reforma, como por ejemplo: condiciones de ingreso, forma de la enseñanza, organización de la docencia y constitución de los cuerpos directivos.

Estos medios y otros que la «Junta de Estudios» está arbitrando con el mismo objeto, surgen del convencimiento de que la Reforma que nuestra enseñanza necesita no se libra en artículos ni se impone por un decreto; ella ha de ser la conquista de una conciencia enérgica y serena que triunfe de perjuicios rancios y desplantes de advenedizos, aseque sólo mediante el estudio reposado y completo del problema universitario.

Buenos Aires, octubre de 1919.

El agitador profesional

Las últimas agitaciones obreras que han llevado las relaciones entre las distintas clases sociales a un grado de enconamiento hasta ahora inalcanzado, pusieron en moda, aumentando la execración que de antiguo goza, a un tipo característico: el agitador profesional.

Por rara coincidencia, nosotros compartimos con las clases conservadoras la repulsió que tal sujeto les merece.

Sin embargo, nuestra posición no es idéntica a la de ellos. Si bien pequeñas, pre-

jos que ellos y trata—desinteresadamente y aún en contra de sus propias conveniencias de propagar sus ideas. Ellos son los que han impuesto las religiones, cambiado los regímenes políticos, mejorado las condiciones de las clases oprimidas. La revolución que dió nacimiento a nuestra patria salvóse en sus orígenes, gracias a dos agitadores de este tipo: Moreno y Castelli.

El segundo aparece siempre que se presenta la ocasión de obtener algún beneficio material, en un cambio de instituciones políticas o sociales. Libre de escrúpulos, amoral, y dotado de cierta capacidad para la acción, explota—en beneficio propio—esta combinación de defectos y condiciones, propagando, mercenariamente, determinadas ideas. Dos son las familias más importantes dentro de la especie:

El que complota a los capitalistas para intensificar la explotación del obrero y el que, injustamente, congrega a los trabajadores para perjudicar a los patronos. Abundan actualmente los ejemplos, pero citarlos sería inofensivo porque su importancia, a más de negativa, es transitoria. Este es el tipo execrable que, de buen grado, le viéramos, demostrando las propiedades del péndulo, colgado en la plaza pública a la usanza antigua.

Existe un tercer tipo de agitador, acaso el más abominable por sus procedimientos, pero en quien nadie repara por lo inofensivo de su campaña.

Como un *reverendo* de la Compañía de Jesús, éste trabaja en la sombra sin que nadie advierta los hilos que mueven sus títulos. Sólo sabemos de su existencia por los efectos de su acción: cada año, generalmente cada invierno, surge, espontáneamente, en Buenos Aires un sujeto que monopoliza la atención pública. Este sujeto, por lo común suele ser un predicador, un caballo o un conferenciante; a veces un poeta. (Frecuentemente, en el caso del caballo, hay una relación directa entre sus condiciones y su prestigio).

Idéntico fenómeno ocurre en casi todos los órdenes de la actividad social: cada año hay un biógrafo, una conftería, una iglesia, que sin saber cómo son impuestas al público, quien les brinda especial atención.

Y estos ocultos agitadores que uniforman todos los actos de la vida social legan hasta los detalles más insignificantes: ritman el paso de las doncellas, fijan el diámetro de las faldas, limitan y extralimitan la abertura de sus descotes, determinan la latitud de los senos, gradúan la tolerancia del pudor, etc., uniformando siempre hasta los más pequeños detalles de la existencia.

Justo es reconocer que este tipo de gnom moderno ejerce su acción con mucha mayor eficacia en la mujer, pero como no siempre la diferencia de sexos va mucho más allá de las simples funciones genitales, vemos frecuentemente muchedumbre de hombres uniformados en su vestido, en su pensamiento, en su sensibilidad, en su acción...

Podría repetirse el ejemplo hasta el infinito y la conclusión siempre sería la misma: la inmensa mayoría de los hombres carece de la suficiente voluntad para vivir vida propia; debe, entonces, resignarse a vivir la que una pequeña minoría le indica que viva.

Martín Cruz

Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no hace un buen fruto es talado y echado al suelo.

SAN LUCAS (III-9)

En las quintillas de *El Gaucho* se leen cosas tan cómicas como ésta; pág. 135:

La perspectiva indecisa
del esfumado caldén
el cuadro necropoliza;
y el aire canta una misa
con su introito y con su Amén...

Dicerí del gaucho cosas tan absurdas como es; pág. 139:

Va evocando su mirada
cosas del tiempo que fué...
Y al encimar la lomada
es la imagen refractada
de un noble de la Vendée...

O como ésta; pág. 141:

¡Cómo no altivar la frente
con gallardías de rey
si azándose solamente
braveaba en cada valiente
el entrecejo de Ney!

Y dice del indiaje; pág. 152:

Horda trágica y pagana
sin banderas y sin ley

Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

Cada hombre es algo que
vale, pero la ignorancia aisla
y la resignación dispersa.

E. BARBUSSE

CeDInCI



ab imo
pectore

Cooperativa Artística

Materiales finos para artistas.
Grabados, aguafuertes y mode-
los. - Marcos de estilo. :: :: ::

Artículos generales para inge-
nieros, arquitectos y dibujantes.
Copia para planos. :: :: ::

CORRIENTES 641-47
U. T. 2858 - Avenida